

POLESELLO

Escribe: **MARIO RIVERO**

Muchas cosas están cambiando porque estamos cambiando: verdad de Perogrullo. Como se vé la pintura ha dado también un salto de la magia a la ecuación, pero es para caer en una sorpresa más extraña todavía: la de esos magos por lógica, denominados "plásticos" por la crítica. Estamos pues viviendo un tiempo en que quizás Manet, debería volver a pedir perdón por haber pintado la 'Olimpia'. Bajo estas condiciones aparece lo exagerado y lo rebuscado propenso a caer en lo gratuito y en lo ridículo. La justificación tan en boga, del artista en terrenos de libertad casi pura, a veces se paga muy cara: es el punto de partida de esa tremenda aventura de la inteligencia que concluye destruyéndolo todo, en una ocurrencia tan legítima como pretenciosa: formas absolutas, capaces de representar por si mismas el sentido de la época presente, a la vez que sus propios misterios y sus propias proposiciones. Rotulado pues de distintas maneras, (neogeométricos, fenomenólogos, cinéticos) sube y sube un inventario gigantesco de repeticiones. Porque realmente después de Vasarelli quedan muy pocas sorpresas. Tal vez las de Le Parc. Sin duda uno puede hallar numerosos significados de belleza y gracia, de-

tras de estos juegos de superficie, de éstos trucos plásticos, en los que el cambio del ángulo de visión, o el cambio de distancia, producen metamorfosis; pero pronto se hace evidente que es muy difícil, si no casi imposible escapar de la esfera de proximidad de los brujos grandes, que lograron transformar sus realizaciones en invención, sus intuiciones en camino, y hasta sus obsesiones en convención.

Sin embargo, algunos pocos pintores como Polesello, pueden resolver el problema de las influencias, liberándose de cualquier clase de utilidad excepto la mental. Uno, tan frecuentemente hostigado por identificarse con minorías, por tratar de dilucidar, o evidenciar más bien, algunos fenómenos culturales, tiene la ineludible obligación de reconocer la calidad y la dignidad profesional en medio de la chapucería y el bochinche de los extremismos, en este interminable match de pensamiento contemporáneo. Y en lo que hace a Polesello, aún pudiendo desestimar su producción, (en razón de otro estilo prescrito en la sensibilidad habría sin embargo, que valorar altamente su trabajo, su factura, que desarrolla cualidades espléndidas: claridad, brillantez y algo así como una condición sedante,

cuaresmal, tocada por la plena gracia estética.

El informalismo por una parte y la "acción painting" por otra, retozaron con la materia dentro del mismo ámbito de alquimia transmutadora. Como fascinados por una cierta espontaneidad, dan forma a visiones, emociones, ideas, a cuantos factores determinan la intuición, el irracionalismo, el placer inconsciente de la creación que se los engulle a la larga; mientras que otros artistas tipo Polesello, establecen la contrapartida dentro de un tono voluntariamente profesional y artesano netamente contemporáneo, comenzando por eliminar esa palabrita "yo", o como quien dice desarticulando la pintura de la esfera de la afectividad que los otros firman con la mayor energía.

Se establece pues una transición a formas más arduas. Se propone un factor casi de estética colectiva, funcional, verdaderamente progresista, que tiene mucho que ver con la alienación del hombre, que se cumple desde la revolución industrial. Estamos cansados de oír hablar del foso abierto (y que no va a llenarse nunca) entre el arte y la vida. Y si uno piensa en el comportamiento vacuno y pasivo que incumbe a cada cual en el medio industrial, en la educación más y más tecnológica, en la única y absorbente necesidad de cumplir una función remuneradora, difícilmente se sorprenderá nadie de que el arte sea cosa secundaria o descabellada, "cosa de loquitos" frente a la que algunas veces hasta hay que exhibir un desprecio invencible como parte de una moderna conducta anti-intelectual.

Sin embargo, la toma de conciencia de una época hay que realizarla intrepidamente en todos los estamentos. Y es que sin

pedantería se puede pensar que recorrer una exposición, una buena, desde luego, podría ser tan excitante como visitar una central atómica, ya que las obras que se producen en el ámbito del cuadro-objetivo y del arte retinal (donde el objeto todavía no se sale del cuadro), son los intentos más audaces para romper la vía muerta donde aparentemente ha desembocado la pintura.

Desde los bisontes de Altamira, hasta los móviles de Calder, el artista siempre ha querido comunicar el movimiento. Hasta dónde llegará por este camino, es difícil predecirlo: la pintura es como un imperialismo del intelecto que todo lo quiere poseer. De momento, y para algunos, (artistas y público) no es más que una desorientación luciferina y pasajera, producida por la técnica, algo indigerible, como un lenguaje superior que no es el nuestro y que no nos concierne: y para otros, (los menos) puntuales al momento actual, es un hecho positivo, y destaca un polo de atracción y de fuerza.

Así pues, la imagen se ha transformado y las técnicas de transmisión de esta imagen nueva muestran también otro carácter nuevo, revolucionario en su sentido generador de otro modo de expresión. Polesello, por ejemplo, obtiene sus más sugestivas, imágenes abstractas, en un trabajo esforzadísimo, como de obrero, espolvoreando capas y más capas de color con soplete, sobre parrillas de metal superpuestas, especie de cribas o moldes, admitidos por los artistas de una vanguardia llamada a expresar el paso de un orden de sentimientos a otro.

Al cuadro, que ahora es idea-forma-composición, o plano-espacio, o simplemente un número, se le retira pues todo medio de

provocar sentimientos subjetivos y sólo se le conceden medios de expresión predeterminados por elementos reiterados. En el caso de Polesello, círculos, discos lenticulares, retículas, que en forma levemente fluente generan su propio juego, (ese en que una cosa acaba de ser bella o se malogra en lo machacado) pero siempre dentro de la idea de exaltación de lo puramente visual, anti-retórico, anti-romántico, pasado únicamente de los ojos, excluido de toda palpitación humana, ya que bajo el chorro homogeneizador del soplete, se anonimiza el gesto, el ademán con que lo más íntimo del yo responde a lo circunstante.

Están siendo pues lastimados los más delicados capullos de las

actividades estéticas: la líneas, la huella manual, la pincelada, abaten sus prestigios sacralizados, arcaicos. El sector vanguardista inicia el ciclo de la pintura "a sangre fría" y maltrata fuertemente rangos fijos e inmutables: la supremacía de toda una cultura y de todo un orden jerárquico. Basta partir de aquí, creo yo, para encontrar el sentido esencial de la obra estupefanda de un Polesello, que saca a luz comportamientos, tensiones, formas, que arrancan de la convivencia con lo tecnológico, que tienen que ver con la homogenización masiva, con el trabajo, con la vida, y en las que sin embargo no tenemos, ni capacidad, ni ganas de reconocernos.